

108

ESTUCADO EXTRA

DE 125 GRAMOS M.²

D/749

Flirt



30 cts.

Núm. 2.

Calvo Asensio, 3. - Madrid.
- Apartado 8.008 -

El alma caballeresca de don Juan, un don Juan contemporáneo, escéptico y sensual, descreído y despreocupado, asomará en estas páginas, no como un Fauno ríjoso y solapado, sin otro culto que la carne por la carne—el chiste procaz, el dibujo pornográfico—, sino como un gran caballero libertino, cuyas ligerezas estuvieran purificadas por su gracia, su talento, su espiritualidad...

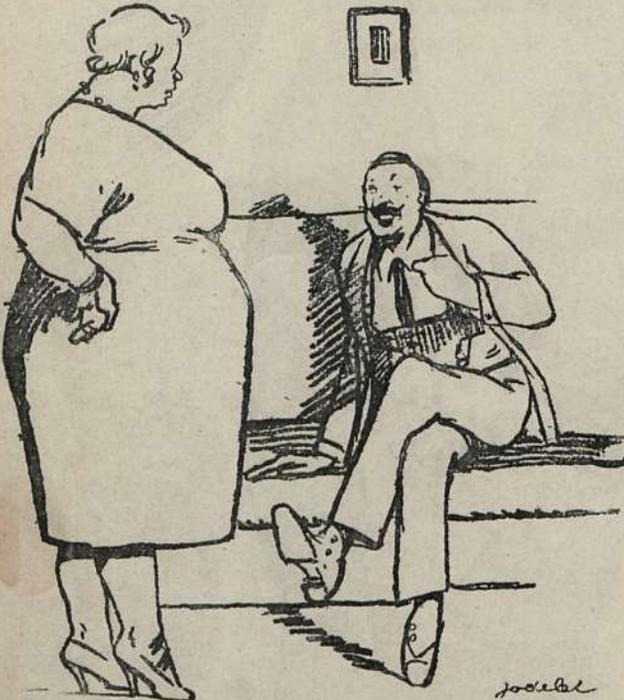
Nuestro Don Juan, pues, no será un rufián de lupanar entre mancebas, sino un romántico trovador de cuentos verdes, un viejo abate libertino...

De vez en cuando, entre frivolidad y frivolidad, sin dejar de reír nunca, hará Don Juan un alto en sus carnales escarceos, para como un escéptico pensador hablarnos de las grandes incógnitas de nuestra alma voluble y caprichosa... del porqué las mujeres y los hombres recíprocamente se engañan, a qué edad son más interesantes para quererse las unas y los otros; nos hablará, en fin, de la nueva psicología del amor, tan descreído y tan metalizado... todo ello constelado de mil anécdotas de amor. Os haremos pensar a ratos, sin dejar de haceros reír nunca.

Esta Revista, pues, como las grandes cortesanas, dentro de su perversidad sabrá guardar la delicada corrección de una gran señora... Ni erotismo ni grosería... Un caramelo de menta todo lo más...

COLABORADORES:

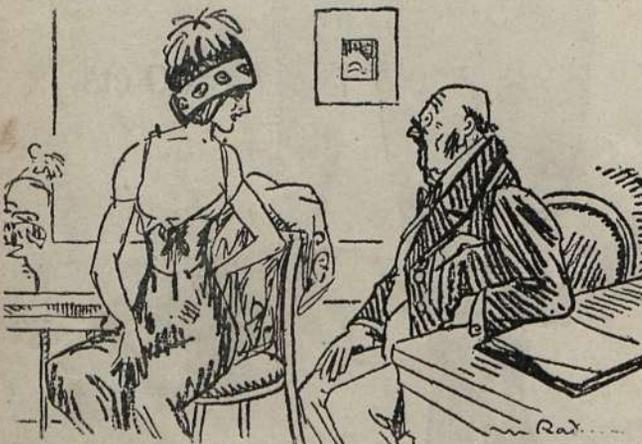
Linares Rivas. - Alberto Insúa. - Fernández Flórez. - Emilio Carrere. - López de Haro. - Joaquín Belda. - Federico García Sanchiz. - López Barbadillo. - Díez de Tejada. - Vargas Vila. - Antón del Olmet. - Cansinos Assens. - Hernández Catá. - Gómez de la Serna. - Répide. - Diego San José. - Tomás Borrás. - Alvaro Retana. - DIBUJANTES: Manuel Tovar. Robledano. - Tito y otros.



—De recién casados me cogías en tus brazos y me pellizcabas la barbilla.
—Sí, pero entonces no tenías más que una barbilla.



ES NATURAL
LA SEÑORA.—¡No tanto polvo, hija, que es malo para la salud!



EN CASA DEL DOCTOR
—Veamos... todavía no es suficiente... ¡Quítese usted todo eso...
—¡Caramba, en ese caso... sería usted quien pagaría la visita!



—Veamos; me dice usted: para pronunciar «the», apoye usted la lengua entre los dientes...
—... los vuestros... los vuestros...

(De LE RIRE.-París.)



Flirt

VENUS &



COSMOPOLIS

EL RAMO DE ROSAS. - ¿Cómo debe castigarse a las mujeres? La mayoría de los hombres se hace la ilusión de que castiga a la mujer, y en realidad, nosotros hemos observado que siembre acaban ellos pidiendo

perdón por la culpa que ella ha cometido. Y es que el enamorado, y ni aun enamorado, el tirano casual, no puede soportar el desolado aspecto de víctima de su esclava. El varón tiene más facilidad para el remordimiento que la hembra, acaso porque ejerce de juez de sí mismo, en tanto la femina, depende de la voluntad de su dueño. Pero no nos apartemos de nuestra idea. Sólo dos clases de machos descargan sobre sus amantes la ira, que éstas provocaron premeditada o involuntariamente. Los embrutecidos y plebeyos, y por contraste, los refinados, los que podíamos denominar intelectuales de la pasión. Naturalmente, varía el procedimiento de la venganza, desde el estacazo cerril del orangután humano, hasta la risueña crueldad de aquel gentleman, que cada noche depositaba un billete de Banco en la cama de su cónyuge, a partir de la fecha en que descubrió el adulterio de su esposa; de uno a otro extremo hay una escala infinita en matices de la tortura, ya moral, ya física. Y queda todavía la casta de los chulos, alguno de los cuales viste de frac, que atormentan a sus queridas por el placer de sentirse adorados a través de su despotismo, si no es para asegurarse la productiva presa por medio del terror. Tales degenerados pertenecen a la clínica.

Y he aquí cómo surge de pronto un nuevo ejemplar de justiciero, tipo raro y complejo en que se

aunan la agresión del bárbaro, la respetuosa continencia de lo civilizado, ante la debilidad material de la pecadora, y si nos apuran, incluso el relativo esteticismo de los verdugos por voluptuosidad. Ello ha ocurrido en los Estados Unidos, donde, como nadie ignora, basta llevar faldas para gozar de todas las prerrogativas, de los más arbitrarios privilegios, de una situación única en el mundo.

Quizás el yanqui que ha sido capaz de un arrebato digno de las costumbres italianas o españolas, no pudo desprenderse del prejuicio social de su país.

Y de ahí la peregrina mezcla de profanación y de ofrenda que encontramos en su conducta, digámoslo de una vez. El héroe iba a visitar a su amiga, y había comprado un ramo de rosas. La sorprendió en delito de infidelidad. Por un inesperado atavismo de su sangre europea, se sublevó contra una falta allí no muy perseguida. Y convirtiéndose en clava y disciplinas las flores, golpeó, azotó las carnes nacaradas de la Girl, que se rasgaban con los arañazos de las espinas, humedecíanse con el agua que conservan los refrescados pétalos, y se amorataban, y al mismo tiempo desaparecían bajo la lluvia de rosas, como una imagen de nuestras procesiones en primavera. Los magistrados han condenado al agresor, pero la Girl cuenta como un milagro precioso la transformación de su cuerpo en rosal. Y decidió adorar en adelante al jardinero.

Federico García Lanchiz.

LA PEINETA DE ROSARIO LEONÍS, POR MIGUEL DE CASTRO

Celos de Carmen bravia...

Tal me evoca esa peineta.

Motivos de bulería

y trémolos de saeta.

Tu peina eres tú. Es Sevilla,
la hembra-llama. Fe... Pasión.

Misticismo en la mantilla.

Celos en el corazón.

Rosario... Andaluza reja.

Gitanería y salero

y novio de ancho sombrero

en una angosta calleja.

¡Qué española eres, Rosario!
Cual la Giralda y Sevilla:
dos trianeras con mantilla,
peineta y devocionario...

EL SEÑOR DE MAGAZ

El señor de Magaz vivía en su palacio con sus dos hijas, Iluminada y Laura. Al encontrarse viudo, la mayor no pasaba de los siete años, y entre las dos solo había uno de diferencia. Orgullosa y original, no quiso que sus hijas entrasen en ningún convento. Yo le propuse el de las Reverendas Madres Marianas de esta ciudad. Lo rechazó amablemente. Deseaba que sus hijas se educasen en el palacio: un castillo del siglo XIII, restaurado y hermo­seado en todas las centurias sucesivas y famoso por sus jardines y por sus bosques, que trepan hasta el magnífico acantilado de la costa.

En consecuencia, hizo venir al palacio ayas, institutrices y profesores. Yo debía, en cierto modo, presidir a la educación de Iluminada y Laura. Quería su padre que fuese, a un tiempo, ortodoxa y mundana. Hubo, pues, profesores de gimnasia, de equitación, de idiomas, de música y de baile. A los diez y siete y diez y ocho años, respectivamente, Iluminada y Laura se parecían a esas damitas sabias y graciosas del Decamerón, que sólo ignoran una ciencia: la maldad del hombre. No conocían el mundo sino al través de sus libros, de sus romanzas y de sus paseos por el bosque. Eran como dos gacelas que supiesen pensar y como dos rosas que supiesen reír... Yo las adoraba, adorando en ellas dos admirables criaturas del Señor. El parecido entre ambas era de tal naturaleza, que sin la ventaja de estatura de la mayor y dos hoyuelos que se le formaban a la pequeña en las mejillas, cuando hablaba o reía, no hubiese habido modo de diferenciarlas. Eran dos ángeles gemelos.

Un día llegó al palacio un sobrino del señor de Magaz. Venía de Oriente con una fortuna en sus cofres. Era joven y guapo. Había cazado el tigre y el león. Hijo de una hermana suya, el señor de Magaz le recibió con efusión y sin recelo. Era de su casta. Yo sentí palpitar la tragedia, pero ¿qué armas eran las mías contra el Destino? De otra parte, mis temores de fraile parecerían absurdos. Lo único posible — y no temible — era que el sobrino se enamorase de Iluminada o de Laura y que el señor de Magaz se la otorgase en matrimonio.

Sucedió así. Un año después de la llegada de Lorenzo — este era el nombre del sobrino — bendecía yo su unión con Laura, la pequeña, en la capilla del palacio, (pero en qué trágicas y misteriosas circunstancias!

Pocos días antes de la boda, en uno de sus paseos por el bosque, había hallado Iluminada una muerte horrible. En una carrera desenfadada, loca, ella y su potro se precipitaban en el abismo. Encontróse en una playa el cuerpo hinchado y pútrido del animal, pero de ella ningún rastro. Una tragedia atroz...

La boda de Lorenzo y Laura no podía retrasarse. Con-

fesando a la encantadora niña comprendí porqué. Cayó sobre el palacio como una lluvia de ceniza y de sangre. Laura y Lorenzo estaban lívidos y estremecidos al recibir las bendiciones. El señor de Magaz asistió a la ceremonia y su actitud grave y taciturna me sobrecogió. Se respiraba en la iglesia una atmósfera sofocante de pecado, de misterio, de crimen. Toda la servidumbre parecía condenada a muerte. Al concluir la ceremonia — muy rápida — Laura se desmayó y su padre no dió un paso para sostenerla. Grandes lágrimas rodaban por las mejillas de Lorenzo.

Yo quería saber. ¿Quién era el culpable? ¿Laura o Lorenzo? ¿Y qué tenebroso enigma ocultaba la frente del señor de Magaz? La muerte de Iluminada — esto no ofrecía para mí la menor duda — no había sido casual. Era un asesinato o un suicidio. En ambos casos, ¿por qué? Celosa de los amores de su hermana con Lorenzo, ¿se decidía

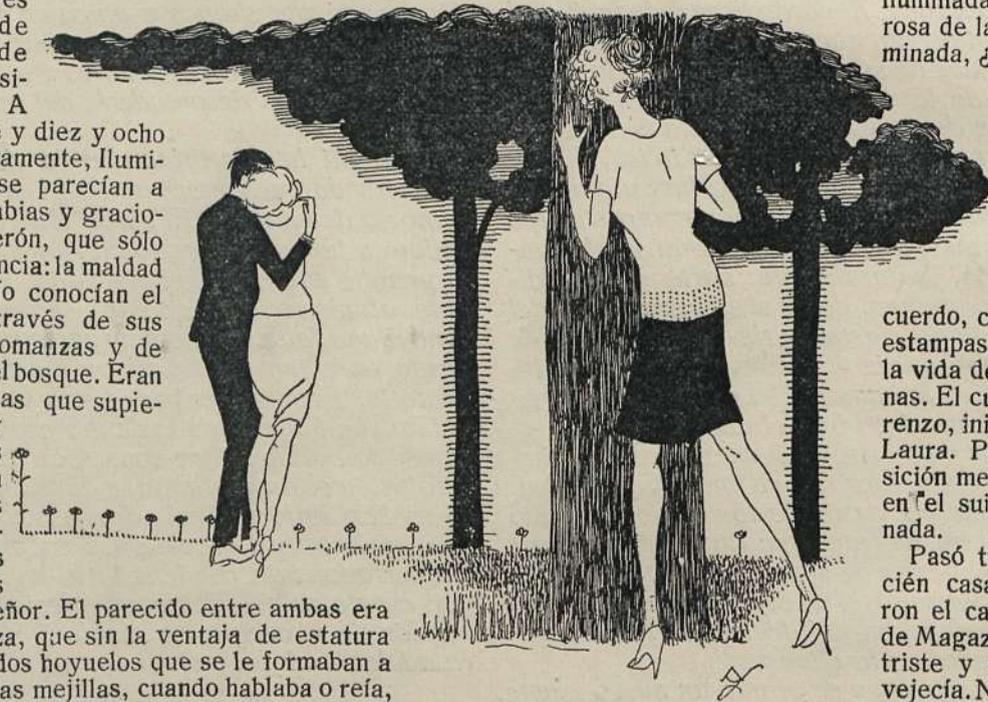
Iluminada a morir? Temerosa de la envidia de Iluminada, ¿iba Laura hasta el fratricidio?... Mi corazón rechazaba estas suposiciones abominables. Yo era testigo del dolor de Laura, y recordaba, en mi recuerdo, como un libro de estampas encantadoras, la vida de las dos hermanas. El culpable era Lorenzo, inicio seductor de Laura. Pero esta suposición me obligaba a creer en el suicidio de Iluminada.

Pasó tiempo. Los recién casados abandonaron el castillo. El señor de Magaz, cada vez más triste y misterioso, envejecía. Nada en sus confesiones revelaba los puntos oscuros de su alma. ¿Era un penitente hipócrita? Son tantos los misterios que me presenta mi vida de confesor que éste del señor de Magaz dejó de preocuparme. La imagen de Iluminada se me aparecía a veces en mis meditaciones, como la de una dulce víctima inmolada a no sé qué odioso fanatismo. Venía a implorar justicia. Hace dos noches, a punto de acostarme, un hermano apareció en mi celda. El señor de Magaz deseaba verme. El Prior lo permitía.

Desencajado y horriblemente decrepito ví entrar en mi celda al padre de Iluminada y Laura... Y durante una hora escuché de sus labios temblorosos la monstruosa revelación de su pecado. ¡El era el culpable! Mas, ordenemos los hechos... La confesión del señor de Magaz puede resumirse en pocas palabras. Lorenzo, abusando de la libertad que le permitía el parentesco, y del candor de sus primas, había seducido a ambas a la vez. Una de las ayas, la más prudente y la más vieja, recogió el secreto de las dos. Y después de dolorosas tribulaciones, determinó revelárselo al padre. El señor de Magaz, dominando la sorpresa y la ira, sólo pensó en el modo de ocultar la deshonra. Y matemáticamente, inexorablemente de-

Desencajado y horriblemente decrepito ví entrar en mi celda al padre de Iluminada y Laura... Y durante una hora escuché de sus labios temblorosos la monstruosa revelación de su pecado. ¡El era el culpable! Mas, ordenemos los hechos... La confesión del señor de Magaz puede resumirse en pocas palabras. Lorenzo, abusando de la libertad que le permitía el parentesco, y del candor de sus primas, había seducido a ambas a la vez. Una de las ayas, la más prudente y la más vieja, recogió el secreto de las dos. Y después de dolorosas tribulaciones, determinó revelárselo al padre. El señor de Magaz, dominando la sorpresa y la ira, sólo pensó en el modo de ocultar la deshonra. Y matemáticamente, inexorablemente de-

Desencajado y horriblemente decrepito ví entrar en mi celda al padre de Iluminada y Laura... Y durante una hora escuché de sus labios temblorosos la monstruosa revelación de su pecado. ¡El era el culpable! Mas, ordenemos los hechos... La confesión del señor de Magaz puede resumirse en pocas palabras. Lorenzo, abusando de la libertad que le permitía el parentesco, y del candor de sus primas, había seducido a ambas a la vez. Una de las ayas, la más prudente y la más vieja, recogió el secreto de las dos. Y después de dolorosas tribulaciones, determinó revelárselo al padre. El señor de Magaz, dominando la sorpresa y la ira, sólo pensó en el modo de ocultar la deshonra. Y matemáticamente, inexorablemente de-



terminó que Lorenzo se casaría con una de sus primas y que la otra solo muriendo evitaría la afrenta. Llamó a capítulo a los tres culpables, pues su moral rigurosa no distinguía entre el seductor y las seducidas, y dictó la bárbara sentencia. Lorenzo tuvo ánimos para protestar: propuso el convento para una de las hermanas, rogó, gimió, amenazó... El padre estaba seguro de la obediencia de sus hijas y, en una escena inenarrable, que no imaginaron ni Esquilo ni Shakespeare, echó a suertes la que debía morir. Fué iluminada.

Y tal como lo quiso el vengador de su honra se consumó el sacrificio. La muerte de iluminada fué más dulce que la vida de Laura y de Lorenzo. Jamás falta de amor tuvo expiación más grande.

Oí, hasta lo último, a aquel hombre. Y cuando esperaba el bálsamo de la divina indulgencia, le dije:

—Tu pecado es de orden satánico; pecado de orgullo, de fanatismo. Amor vale más que honor. No te perdono. No te perdonaré nunca. Aléjate de mí, condenado, padre sin corazón, hombre sin alma, fiera, monstruo, hijo de Satán...

Se levantó. Vi transfigurarse su rostro en una máscara

ra espantosa; las arrugas se entrecrocaban como las olas de un mar enfurecido y sus ojos brillaban como los de un león. Me increpó:

—No necesito tu indulgencia, fraile ignorante y estúpido... Si hace falta iré a Roma...

—No te perdonarán tampoco. Tu horrible pecado exige una expiación eterna. Mataste a tu hija y a tu nieto y condenaste a una vida infernal a dos seres dignos de indulgencia. El crimen de Lorenzo lo perdono; el tuyo, no; nunca, nunca... Ve a Roma, descalzo, arrastrándote, muriéndote de hambre y de sed... Ve al monte y hazte cabida entre los lobos... Congrega a todo el claustro y grita tu culpa inconmensurable. Pero, ¡en nombre de Dios! vete de mi celda, huye de mi presencia, padre sin entrañas, hombre sin corazón...

A estas imprecaciones respondió el señor de Magaz con una carcajada semejante a un aullido. Acababa de volverse loco. Entre dos legos y yo pudimos sujetarle y devolverlo a sus criados. De vuelta a su palacio pareció más tranquilo, y por la noche se dió un tiro en la sien.

Alberto Insúa.

LA VIEJA ESPAÑA GALANTE, POR

DIEGO SAN JOSE

EL DIABLO CAPELLAN DE MONJAS

A 8 días del mes de Setiembre de 1628 acaeció el suceso insólito y espantable para las almas débiles, de que tomara el Demonio por suyo el monasterio de monjas «benitas» que hasta habrá poco alzóse en la calle del Pez.

Era priora de aquella santa casa doña Teresa de Silva, espléndida y arrogante dama que comenzaba a entrar en el otoño de su vida, y tenía encomendada la dirección del manso rebaño que Dios la confiara, al *doctísimo* y *virtuoso* capellán Fray Francisco Calderón, del que

hacíanse lenguas las beatas del barrio. Su reverencia no había gusto como el de platicar a solas con la reverenda madre unas veces en el santo tribunal de la penitencia, pero las más en la celda abacial, bien apartados de los ruidos del mundo; y si no alon-

gaba más estas entrevistas era porque también las demás esposas del Señor habían menester del consuelo y guía de su paternidad.

Mas he aquí que el Enemigo que nunca descansa, tomó aposentamiento en una de las madres más bizarras. Toda la comunidad andaba fuera de tino mirando cómo poner remedio a tan impensada desgracia. El día entero pasábalo con la posesa el

celoso capellán y apenas si quedábele espacio para atender a sus piadosos menesteres con las demás madres, las cuales como habían quedado sin el auxilio reconfortante de su director, comenzaron a embaular diablicos en los garridos cuerpos hasta que el infierno entero parecía haberse trasladado al monasterio de la calle del Pez.

La misma priora fué tomada por el más audaz de todos los diablos, al que diese en llamar *Peregrino*,

endemoniadas. Tan extraño suceso rompió la clausura y salió a la calle, pues treinta mujeres consagradas a Dios y cada una con un diablillo dentro (sin más ventaja que corriendo los meses pudiese florecer en algún angelico) era muy extraordinario para que no llamase la atención de la gente seglar. De esta manera transcurrieron más de tres años hasta que la Inquisición tuvo a bien de tomar cartas en el asunto, comenzando por encarcelar a la abadesa y algunas de las más intensamente endiabladas.

Luego de muchas informaciones y providencias, recayó sentencia (dos años más tarde) contra Fr. Francisco, condenándole a reclusión perpetua y privación de ejercer ningún cargo, ayuno a pan y agua tres días de cada semana y dos disciplinas circulares. Aunque por decencia de la clase

eclesiástica no se cumplieron estas penas y tornaron las monjas a su antigua vida, bien merecidas tenía el bellaco del fraile las incomodidades sufridas durante el proceso. Tal vida no se la dió nunca un sultán de Turquía ni un Bajah de Egipto.



quien tentándola por donde suele entrarse el pecado mortal, hacía más deshonestidades que una coima del barrio de las Huertas que eran las más finas y diestras de toda la Villa.

El docto varón bastaba para satisfacer las ansias... espirituales de todo el místico rebaño trocado en deshonesto gallinero. Exorcizaba todos los días el convento y no dábale paz ni reposo en estar siempre sobre las

Diego San José



(Dib. de ROBLEDANO.)

EN EL CANGREJO

EL COBRADOR.—¿Dónde va el señor?
EL VIAJERO.—¡Yo... Al magro!



A LA MODA DE BRETAÑA

—Ignoraba que tuviese usted algunos lazos de parentesco con Du-bois...
—Sí, querido amigo: por su matrimonio. Su mujer nos ha engañado a los dos.
(De Le RIRE.-Paris.)

PORQUE ENGAÑAN LOS HOM- BRES A LAS MUJERES, POR

FERNANDEZ FLOREZ

POR BONITAS

Cuando el Sr. Poncet terminó de hablar, la anciana señora Míguez reiteró su tesis de que el género de vida moderna, esta vida moderna vuelta desdeñosamente de espaldas para los juegos de prendas, fomentaba la versatilidad de los hombres, que a ella le constaba ser, por otra parte, bien fácil. Pero la señora Míguez no pudo esta vez tampoco jactarse de haber logrado un éxito de atención. Y aun pudiera tachar de poco cortés al Sr. Ribera, que, sin esperar a que diese fin a sus consideraciones, comenzó a hablar, fingiendo, al principio, estar exclusivamente dedicado a sacudir con el dedo meñique toda la ceniza de su cigarrillo, abstrayéndose como si sus palabras brotasen sin que él se diese cuenta:

—Por mi parte—explicó—, todo disimulo sería inútil. Mi separación de Luisa ha sido, lamentablemente, notoria y nadie ignora mi actual situación, un poco irregular si ustedes quieren. Pero las razones que alegaba nuestro amigo Poncet, no han tenido nada que ver con mi caso. No creo que me fuese difícil dominar esas inquietudes y guardar absoluta fidelidad a mi mujer, si mi mujer hubiese tenido otro espíritu.

Puedo decir que me enamoré de Luisa el día en que la conocí. Y era imposible que así no fuese. Nunca hasta entonces había contemplado una belleza tan próxima a la perfección. Todo era en ella armonía y plenitud de obra acabada. Así como para ex-

presar el preciosismo de algunas flores naturales, las gentes suelen decir que «parecen pintadas», así se decía de Luisa que «parecía una muñeca». Pero no era como es de presumir, esa belleza convencional y mofletuda de las muñecas, lo que tal frase quería sugerir, sino la artística ponderación de sus encantos, que parecían haber sido concebidos para crear el arquetipo. Las largas y curvas pestañas, la corrección impecable de la boca, el recto trazo de la nariz, la elegancia intachable de la figura, y hasta esos detalles que casi siempre tienen que crear los artificios de tocador; el tono rosado de los lóbulos de sus orejas, el rasgado de sus ojos, la suavidad del arco de las cejas, finas y negras.. Era, en fin, y sigue siendo, la mujer más bonita—creo que esta es la palabra exacta—de todo Madrid. Sus pretendientes se contaban por docenas, y cuando yo fui distinguido entre todos y me casé, me tenía—puedo asegurarlo—por un hombre feliz y no vacilaría en jurar que no podría encontrarse en la redondez de la tierra quien se parangonease, sin inmediata derrota, con Luisa.

«Y trascurrió ese lapso de la luna de miel, en el que verdaderamente los esposos ni aun inician su conocimiento. El amor es una sugestión, la más poderosa de todas las sugestiones, y un enamorado acumula tantas irreales características sobre la persona a quien ama que la esencia y aun los accidentes del carácter de ésta quedan ocultos bajo abundantes y líricas imaginaciones. En amor el núcleo

siempre es misterioso, y el protoplasma densamente hinchado de ensueño. Como en ciertas decoraciones en que van levantándose gasas sutiles y a cada una que desaparece se aclaran más el telón de fondo y las antes imprecisas figuras de los comediantes, así en la convivencia matrimonial, cada día se lleva un velo de muestra fantasía, y, al fin, el ser al cual nos hemos unido aparece ante nosotros tal y como es, en cuerpo y en alma. La magia de nuestro amor cede ante la insistencia de la realidad. Como los leñadores de aquel bosque encantado de un cuento de niños, hemos llevado a nuestra casa la carga de oro recogida en la noche maravillosa en que los minúsculos koriganes barbudos bailaron, cogidos de la mano, a nuestro alrededor, cantando una canción extraña y dulce. Salió el sol y corremos a abrir el saco que guarda nuestro tesoro. Y, como en el cuento, algunos encuentran el amarillo y puro metal recogido en el bosque encantado; y otros advierten con desesperación que se troció en hojas secas y ramas podridas.

«Nuestra luna de miel pasó, y las gasas comenzaron a alzarse.

«Yo no fui feliz. Pronto comprendí que en el alma de Luisa no había más que una profunda devoción hacia su propia belleza. Era ella la primera admiradora de sí misma. La costumbre del triunfo, los halagos que desde niña había recibido, aquel asombro que estaba habituada a provocar con su sola presencia, habían exaltado en ella un narcisismo desesperante. Se

adoraba; y esta adoración que llenaba su espíritu le impedía querer a los demás. Era inútil que procurase despertar su ternura, su amabilidad, su gratitud. Las frases más emocionadas que mi cariño pudiera dirigirle no eran para ella más que un homenaje natural, algo así como deben de ser para una majestad las alabanzas de sus cortesanos; mis sacrificios por sostenerla en una vida fastuosa, los recibía con igual gesto de recaudador de tributos. Yo era para Luisa poco más que un espejo que hablaba, un espejo animado y sensible que temblaba de emoción y reflejaba el efecto de su belleza soberana. No era más.

«Quienes no hayan conocido una mujer así no querrán creer que en su atención tenían mayor importancia sus sombreros, sus vestidos, los elementos todos que podían dar realce a su hermosura, que los sentimientos de su marido. Podía sostener durante todo un día una conversación a propósito de modas, y era incapaz de pronunciar, ni aun en nuestra intimidad, una sola frase de cariño. Se dejaba amar—esto era todo—con el gesto de una diosa. Recordaba hasta las *toilettes* con que en su adolescencia había alcanzado éxitos, pero no habían dejado ninguna huella en su espíritu las delicadezas de que yo había rodeado mi amor. No lloró nunca, porque

el gesto del llanto es feo. No río nunca, porque la carcajada quebranta groseramente la línea. La he visto ensayar actitudes ante el espejo, tan abismada en su admiración que se olvidaba de mi presencia. O contemplar durante largo tiempo una de sus manos maravillosas, con la sonrisa del éxtasis en los labios...

«El papel de un enamorado es difícil cuando la amada se anticipa a alabarse; y yo quería saber qué cumple decir a un hombre cuando su mujer requiere, con un pretexto o con otro, su admiración con observaciones cotidianas de esta naturaleza: «¡Mira, por Dios, cómo parecen de ácar estas uñitas!»

«Comencé a buscar consuelo para mi creciente aflicción en imaginar la vejez de Luisa. Odiaba aquella perfección que la hacía egoísta, y la destruía mentalmente, ya que otra cosa no me era dado hacer. «Cuando los

años pasen—me decía—y ella no sea ya tan hermosa, me querrá.»

«Me doy cuenta de que mi caso, aunque no tan vulgar como el que Poncet ha referido, es frecuente. Muchas mujeres hay poseídas de este narcisismo, y muchos hombres que son desdichados por su culpa. Cuando murió el padre de Luisa creo que ella sintió atenuado su dolor por la satisfacción que le produjo comprobar que los trajes de luto daban un nuevo y delicado matiz a su belleza. Y aun recuerdo el disgusto que tuvimos en cierta ocasión por oponerme a que luciese uno de esos trajes en que el pecho, la espalda, las axilas, las piernas, van casi al aire, y el resto del cuerpo puede ser adivinado perfectamente por la transparencia de las telas. En tales casos, ella adoptaba un gesto de víctima y una silenciosa tenacidad. No discutía, porque el discutir, descompone. Tengo la seguridad, no obstante, de que no incurría en tales excesos por impudor, sino por culto a la moda que favorecía sus encantos. De haber nacido en Grecia y en otras

Pero ella temía que el sacrificio con que contribuí a salvar su vida pudiese macular su perfección con la misma desgracia. Y me reprochó duramente que no hubiese elegido con meticuloso cuidado otra sangre de calidad superior; una sangre que, a juzgar por las condiciones que ella enumeraba, no podría ser más que un producto de perfumería.

«Y yo no sé si fué aquella palmaria ingratitud, tan egoísta, o la suma de todos los egoísmos anteriores, o la imposibilidad de que un amor se mantenga en incesante monólogo, lo que me apartó súbitamente de mi mujer. Porque casi súbitamente dejé de quererla. Su hermosura fué para mí empalago, hastio, repugnancia. La desdené y la compadecí a un tiempo, porque su orgullo se basaba en algo que moría cada día un poco, y el futuro le reserva la tristeza ineludible de verse vieja, que es verse fea. El talento, la bondad, la ternura, pueden acompañarnos, embelleciéndonos, durante una vida longeva, hasta el pie de la tumba. La hermosura física por

sí sola no es más que una comida como otra cualquiera para los gusanos. Yo cesé de amar a mi esposa... por bonita. Tuve la suerte de conocer, en esta crisis, otra mujer. Su figura y su rostro son vulgares. Nadie vuelve la cara cuando ella

Dib. ROBLEDANO

pasa por la calle. Y acaso es porque no la ven el corazón. Es abnegada, es tierna, y su dulce gracia cicatrizó muchas heridas de mi espíritu. Esta vez, mi amor es un diálogo, y ninguno de los dos creemos que el otro recibe con nuestro cariño una merced.

«Luisa y yo pudimos haber continuado viviendo juntos, como tantos otros matrimonios cuidadosos de la apariencia. Pero ella no lo toleró. Su vanidad, no su afecto, se sintió herida. Me dijo:

—«Si me hubieses engañado con una mujer más guapa que yo, acaso te perdonase. Pero con esa... No es elegante, no es hermosa... ¿Qué has visto en ella que pueda hacerla mi rival?»

—«No respondí. ¿Para qué? Ella no hubiera comprendido nunca... Marché aquella misma noche de mi casa para no volver.

W. Fernández Florez



edades, ella sería de las mujeres que se exhibían desnudas al populacho para embriagarse vanidosamente con la ajena admiración.

Luisa estuvo gravemente enferma una vez. Fué preciso hacer a sus venas transfusión de sangre. Yo ofrecí la mía. Salvó. Transcurrieron dos meses. Una tarde, al volver a casa, encontré a mi mujer afligidísima; no contestó a mis preguntas, encerrada en un hosco mutismo. Al fin, su dolor y su ira estallaron. Alzó la holgada manga de su blusa y me mostró en el brazo una tenue mancha sonrosada.

«—¿Qué es eso?—indagué.

«—¡Tu sangre! ¡He aquí lo que hiciste con tu ligereza!

«Yo soy un hombre de naturaleza sanguínea, quizá un poco artrítico... Algunas veces surgen en mi piel manchas de un tono rosado. La de Luisa, según pudo comprobar después, nada tenía que ver con eso.

Con el fin de divulgar en España los estilos de los diferentes dibujantes franceses, gloria del arte universal, vamos a consagrar en nuestros números sucesivos, una plana a cada uno de estos maravillosos artistas, únicos en su género, colaboradores de la VIE PARISIENNE, una de las más célebres revistas de esa Grecia moderna que se llama París... En nuestro anterior número publicamos las de Fabiano. Hoy lanzamos las del notabilísimo dibujante A. Vallé.



MENEGILDA NIÑERA

La primera sensación que experimenté al encontrarme instalada como niñera en la casa de mis nuevos señores, fué de estupefacción. Aquel matrimonio que parecía tan unido y que continuamente se arrullaban en público como dos tiernos palomos, se llevaban en la intimidad como el perro y el gato más encarnizadamente enemigos.

Como «donde no hay harina todo es mohina», la mujer se quejaba con aterradora frecuencia de la vida de privación a que el matrimonio la había condenado, provocando con sus lamentaciones la exasperación del marido.

—¡Si yo hubiera hecho caso a mis

padres-gruñía ella—no me hubiera casado con un empujador de hambre! ¡Cuánto mejor estaría yo soltera! ¡Entonces no carecería de nada! ¡Maldita sea la hora en que me casé!



—¡No comprendo porqué te quejas!—vociferaba él—. Demasiado sabías antes de casarte que yo no era un hombre de fortuna.

La tremolina matrimonial solía adquirir a veces proporciones tan considerables que yo oía perfectamente desde la cocina los escogidos improprios con que el marido y la mujer se rociaban, especialmente a las horas de la comida.

Muchas noches, temía yo que llegasen a la agresión, porque ella, a pesar de su figurita menuda y agraciada, era una verdadera tarasca indómita que con el menor pretexto arrojaba los platos al suelo o destrozaba la cristalería a golpes de cuchillo. Sin embargo, concluida la cena, el

marido y la mujer se encerraban en su alcoba, y después de unos minutos de chillidos y golpes cesaba todo ruido como por encanto. Yo, entonces, me acercaba de puntillas a la puerta, conteniendo la respiración para comprobar por el ojo de la cerradura si aquel inquietador silencio era debido a que la señorita habría muerto acuchillada por el señorito, y me quedaba atónita escuchando unos suspiros entrecortados que no se sabía si eran de agonía o de satisfacción. En la macabra oscuridad de la estancia, el «sommier» también parecía quejarse melodiosamente y yo sorprendía diálogos tan incongruentes como el que sigue:

—Anda, otro toro—decía ella con voz desfallecida.

—¿Cuántos van ya?—preguntaba él.

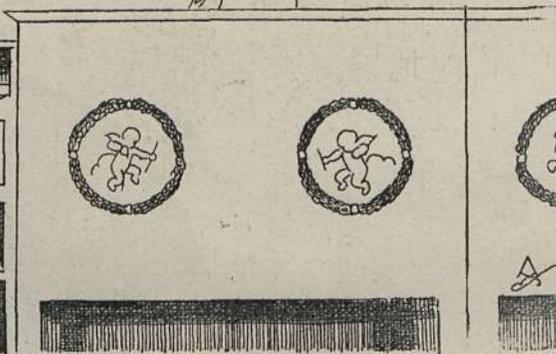
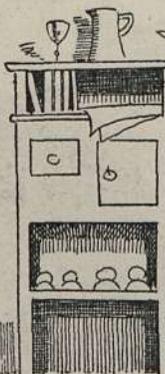
—No sé; creo que ocho.

—Entonces, basta por hoy.

—¡Ay, no, por Dios!—suplicaba ella.—Tan pronto, no.

—Bueno—accedía él con entonación jocunda—. Echarémos un novillo para los aficionados.

Yo me devanaba los sesos



intentando adivinar el sentido de aquellas frases que me intrigaban doblemente porque mis señoritos nunca se entregaban a aquel extraño juego en mi presencia. Al contrario, parecían poner especial empeño en reservar sus conversaciones taurinas para la oscuridad de la alcoba, a ser posible, las noches de bronca. Otro día sorprendí una misteriosa escena, cuyo enigma sólo al correr de los años pude descifrar, y que mi ingenuidad primitiva no acertó a comprender. Al entrar en la alcoba del matrimonio, distraída y sin solicitar permiso, contemplé a la señorita en camisa, muy repantigada en un sillón, con la cabeza reclinada en el respaldo, mientras el señorito, arre-

pentido sabe Dios de qué falta, le pedía perdón con la cabeza hundida entre las piernas de ella.

Indudablemente, el señorito debía de haber roto la vajilla entera cuando ella por un solo plato que yo rompí se me obligaba a pedirle perdón con lágrimas en los ojos.

Únicamente cuando yo era pequeña y había cometido alguna incalificable diablura mi madre me había cogido para zurrarme la badana en una forma análoga a aquella en que la señorita tenía atarazado al señorito.

Yo que entonces no me había ilustrado mordiendo la manzana del árbol del Bien y del Mal, no me emocionaba lo más mínimo con aquellos descubrimientos que a otra chiquilla menos inteligente que yo le hubiesen

intrigado. Pero mi innata ingenuidad me impedía ver más allá de mis narices. Tenía un concepto tan vago y limitado de lo que pudiera constituir la intimidad entre una mujer y un hombre—aunque éstos fuesen matrimonio—que de buena gana hubiera rogado a la señorita que me ilustrase sobre el particular. Sin embargo,

fué el señorito quien espontáneamente se brindó a revelarme, no ya los misterios de una de aquellas manzanas que

costaron a Adán y Eva el Paraíso, sino hasta los secretos de una pera.

Un día de verano en que la señorita había salido de compras, el señorito se introdujo en la cocina para proponerme la confección de un gazpacho andaluz con que merendar al regreso de su mujer. Entre él y yo nos pusimos a picar pepinos, machacar ajo y pimentón, triturar el tomate y demás preparativos de este típico plato sevillano, y cuando nuestra labor hubo concluído, el señorito, que se hallaba como yo, enervado por el calor, me estrechó de improviso entre sus brazos y empezó a besarme con la misma fiebre que si fuésemos dos amantes que se encontrasen después de seis años de separación.

La proximidad del cuerpo del señorito me contagió de sus ardores y no opuse resistencia a aquella dulce opresión que me inundaba de insospechable goce. Yo me sentía desfallecer por instantes, y él, deslizándose sabio y audazmente una de sus manos por el escote de mi blusa, me acariciaba en una forma que era como para desear que no acabase nunca. Luego la mano cambió de rumbo y fué a colocarse con tanta oportunidad, que aunque no hacía nada parecía que lo estaba haciendo todo. Yo advertí que mi bienandanza física aumentaba y que mi cuerpo y mi alma abandonaban la prosaica cocina para trasladarse al Paraíso. Yo me sentía Eva, él se creía Adán, y sólo faltaba la manzana para que la ilusión hubiera sido perfecta.

En aquel momento el niño, que dormía en su cuna, empezó a berrear, y yo, por instinto, intenté desprenderme del señorito para correr al lado de la criatura. Pero el padre me lo impidió murmurando con voz desfallecida: —Déjale que lllore. Ningún niño se muere de llorar.

Nosotros dos estábamos en el Paraíso, pero en aquel momento apareció la serpiente bajo la forma de la señorita quien había entrado sigilosamente en la casa, y al pecararse de lo que sucedía en la cocina, estrelló en el suelo la sopera del gazpacho, me insultó de una forma que me ofendía a mí, a mi padre y a mi madre, y golpeó a su esposo con la sombrilla.

Según mi señorita, aquella noche la pasaría en la casa, porque ella no

quería echarme a la calle como un perro; pero quedaba despedida y al día siguiente, por la mañana, debía liar mis bártulos y abandonar aquel honrado hogar que había profanado con mi conducta impúdica.

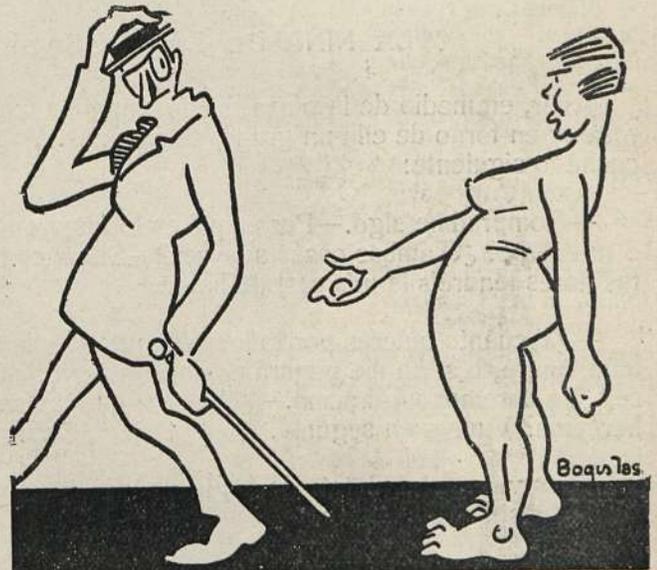
Por cierto que aquella noche, al ir yo como de costumbre a curiosear por el ojo de la cerradura lo que pasaba en la alcoba de mis señoritos, en lugar del silencio de muerte que esperaba, propio de un matrimonio separado por el demonio de la infidelidad, oí un ruido consternador. Y a la discreta luz de la lámpara, contemplé claramente cómo los señoritos combatían amorosamente, más locos de pasión y de alegría que nunca.

Alvaro Retana

(Continuará.)



MIENTRAS MÁS DESNUDA, MÁS VESTIDA, --Permitame presentar usted mis cumplimientos a la Baronesa de los Etoupettes.
--Encantado, querido amigo... Encantado. La presentación no carece de «formas.» Al contrario.



--¿Una peseta?... ¿Pero tú no me has mirado?
--Sí... por eso precisamente.

(De LE RIRE, -Paris.)

SENOS, POR RAMON GOMEZ DE LA SERNA

LAS CRIADAS.—Los senos de las criadas son senos que dan origen a sentimientos sordos y enconados.

Son como animales domésticos, que corren por la casa, que andan sueltos por ella y la alegran un poco.

Eso que es visible, una urbanidad y una política hipócrita hace como que no lo ve. Animán la mañana sobre todo, y dan a la casa más ambiente casero, más sabor humano.

Parece que cantan en la criada de otra manera que canta su boca, y son la gracia rústica de su trajín.

Son senos silvestres y retozones. Son como la cebolla que condimenta el aire de la casa, la cebolla humana y sensual, la cebolla barata.



Sobre todo el empaque que tiene la casa se destaca el que son verdaderamente, indudablemente senos de mujer. Las señoras de la casa evitarían que se viese eso, pero no pueden. Es demasiado elocuente su presencia y tiene derechos más fuertes que todo el señorío que domina aún el mundo. Su rebeldía es manifiesta y no puede menos de admitirse teniéndose que tragar la píldora la señora. Los señoritos y el señor los ven demasiado, y a veces los buscan, aunque son senos ingratos y sucios, de una imaginación roma, senos que no comprenden, senos descarados que abusan de su descendencia sombría o que sufren el vilipendio del hombre más espantosamente desleal que es el señorito que niega a la luz del día sus cosas de la sombra.

LOS CLASICOS DEL AMOR CYDNO DE MITYLENE.-BILITIS.-SALOMON.-MARCIAL

LAS CANCIONES LESBIANAS

--- DE CYDNO DE MITYLENE ---

LA UÑA DE SYRINX

Tienes, ¡oh Syrinx!, las más bellas cualidades del mundo. Eres a la vez esbelta como un corredor, y ardiente como una codorniz en celo; blanca como la camelia, y roja como la peonía; apetitosa como el aterciopelado albricigo, y activa en el amor como experta matrona.

Yo te estoy íntimamente reconocida... Me has esclavizado con tus gracias. Sólo que... para otra vez, para mañana, corta mejor la uña de tu dedo viril. Hoy me has hecho un poquitín de sangre...



BILITIS.—LAS CANCIONES ERÓTICAS

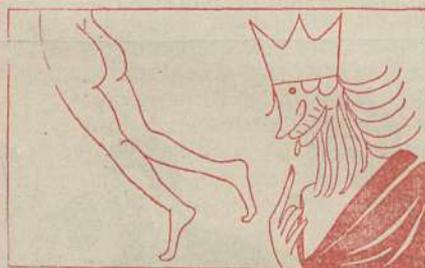
LA NIÑA DE LAS ROSAS

Ayer, en medio de la plaza, había una niña con una cesta de rosas y en torno de ella un grupo de jóvenes. Yo me detuve y escuché lo siguiente:

—Compradme algo.—Pero ¿qué es lo que vendes? ¿Las rosas o tu cuerpo? ¿O ambas cosas a la vez?—Si me compráis todas estas flores tendréis la mía casi de balde.

—¿Y cuánto quieres por todo?—Tengo que llevarle seis óbolos a mi madre, o si no me pegará como a un perro.—Síguenos entonces. Te daremos un dracma.—¿Queréis que avise también a mi hermana? Vuelvo en seguida.

Y las vi marchar detrás de los jóvenes. No tenían pechos aún y apenas si sabían sonreír.



SALOMÓN.—ANTOLOGÍA ERÓTICA

EL CANTAR DE LOS CANTARES

¡Cuán hermosos son tus pies en los calzados, oh hija de príncipe!

Los contornos de tus muslos son como joyas, obra de mano de excelente maestro; tu ombligo, como una taza redonda, que no le falta bebida.

Tu vientre, como un montón de trigo, cercado de lirios.

Tus dos pechos, como dos cabritos mellizos de gama.

Tu cuello, como torre de marfil; tus ojos, como las pesqueras de Hesbón junto a la puerta de Batrabbim;

tu nariz, como la torre del Líbano, que mira hacia Damasco.

Tu cabeza, encima de ti, como el Carmelo; y el cabello de tu cabeza, como la púrpura del rey ligada en los corredores.

¡Qué hermosa eres, y cuán suave, oh, amor deleitoso!

¡Y tu estatura es semejante a la palma, y tus pechos a los racimos!

Yo dije: Subiré a la palma, asiré sus ramos:

y tus pechos serán ahora como racimos de (vid,
y el olor de tu boca como de manzanas;
y tu paladar, como el buen vino,
que se entra a mi amado suavemente,
y hace hablar los labios de los viejos.

EPIGRAMAS DE MARCIAL

A HEDYLA

Quum dicis: «Propero, fac si facis»,
Hedyla, languet...—(Lib. I, ep. 47.)

Hedyla, cuando en las horas de amor me dices: «Tengo prisa; aligérate», mi llama, debilitada, languidece pronto y se extingue. No me muestres la menor impaciencia, mujer; intenta, por el contrario, retenerme, y me iré antes. Si quieres, pues, acabar pronto, no me lo digas nunca, Hedyla.



Cuando Pepe Sanjuanena heredó a su tía, la rica propietaria la cual no había visto nunca, comprendió que debía llevar muy seriamente el luto debido a una parienta tan generosa. Puesto a pensar en lo que debiera hacer, decidió a pasar en el campo, en la misma posesión donde vivió siempre su tía, todo el tiempo que le durase el duelo.

¡Quién lo había de decir! En otra posesión de los alrededores, Sanjuanena tuvo una agradabilísima sorpresa. Cuando fué a visitar al propietario, don Andrés de la Cañada, agricultor expertísimo, vió desde lejos la silueta de su esposa que venía por el campo, y llegaba para serle presentada. Ambos se saludaron muy correctamente, y Sanjuanena sintió que a partir de aquel día ya no había de aburrirse en el campo, porque acababa de encontrar con quien charlar largamente y a gusto.

La rubia a quien encontraba de terraniente en aquella comarca era Margot, la francesa cancionista que había conocido en Romea y con la cual había cenado más de una vez en Maxim's y en el Palace. Y he aquí que cuando menos se lo piensa se encuentra Sanjuanena de manos a boca con la desterrada y en presencia del fiero marido, que no tenía más que dos pasiones. La de los celos y la de la agricultura.

Margot, por su parte, recibió a Pepe como un enviado del quinto cielo. Y en un momento que pudo hallarse a solas con el solitario de Castellares, le refirió la vida insostenible a que la condenaba el señor de la Cañada, acechándola continuamente como si en aquel desierto fuera posible el devaneo, ni aun mediando la mejor voluntad del mundo.

La Cañada recibió cortés, pero no muy efusivamente a Sanjuanena, y comenzó a elogiar su finca, preguntándole que si le interesaba la agricultura. La anterior propietaria había seguido las costumbres de antaño. ¡Y había tanto que hacer en Castellares! Pepe respondió modestamente que no sabía gran cosa de agricultura, pero que tenía por ella una afición completamente loca. Que estaba dispuesto a entregarse a su estudio en cuerpo y alma. Y que si el señor de la Cañada quería ilustrarle con sus sapientísimos consejos en la materia, le haría un considerable favor.

El señor de la Cañada no tenía más que un sufrimiento. El de que su fortuna, aunque bonita, no le permitiera hacer todos los gastos que él quisiera para estar al tanto de los adelantos agrícolas, probando nuevas maquinarias, haciendo venir de los Estados-Unidos, de Ingla-

terra, de Alemania, de donde fuese, todo lo que se inventara en cuestión de maquinaria. Al fin y al cabo, cazurro lugareño, habíase apercebido desde el primer momento del gran efecto que su mujer hacía sobre el aburrimiento de Sanjuanena, y creyó que procurando no exponer nada no hacía mal en sacar de ello algún partido para sus experimentos. Reventaba por ver funcionar un nuevo «Distributor de abonos», máquina admirable según había leído en algunas Revistas profesionales, y comenzó a insinuar la idea de adquirir ese bienhechor instrumento «llamado a rendir innumerables servicios, etcétera».

El irá a Castellares con su mujer para ver funcionar la máquina, si el señor Sanjuanena tenía la bondad de concederles hospitalidad.

Esta vez Pepe creyó llegar al fin de sus esperanzas. ¡Qué preparativos para recibir a los vecinos! Por supuesto señalándoles habitaciones separadas y distantes. Apenas fueron llegados los huéspedes la señora de la Cañada fué conducida a su aposento mientras que Pepe se apresuraba a hacer los honores de la máquina agrícola a su vecino. Pero al primer pretexto aprovechable dejó a don Andrés entregado al administrador y corrió a reunirse con Margot.

En el cuarto de ella estaba, y no llevaba todavía un minuto contemplando ávidamente la incitante belleza de su amiga, cuando ella, que se dejaba admirar muy complacientemente, reconoció las pisadas de su marido en la galería inmediata y se puso de pie. En aquel momento entraba el señor de la Cañada, que se dirigía a Sanjuanena para decirle:

—Soberbio, amigo, soberbio. Le honra a usted haber traído esa máquina admirable.

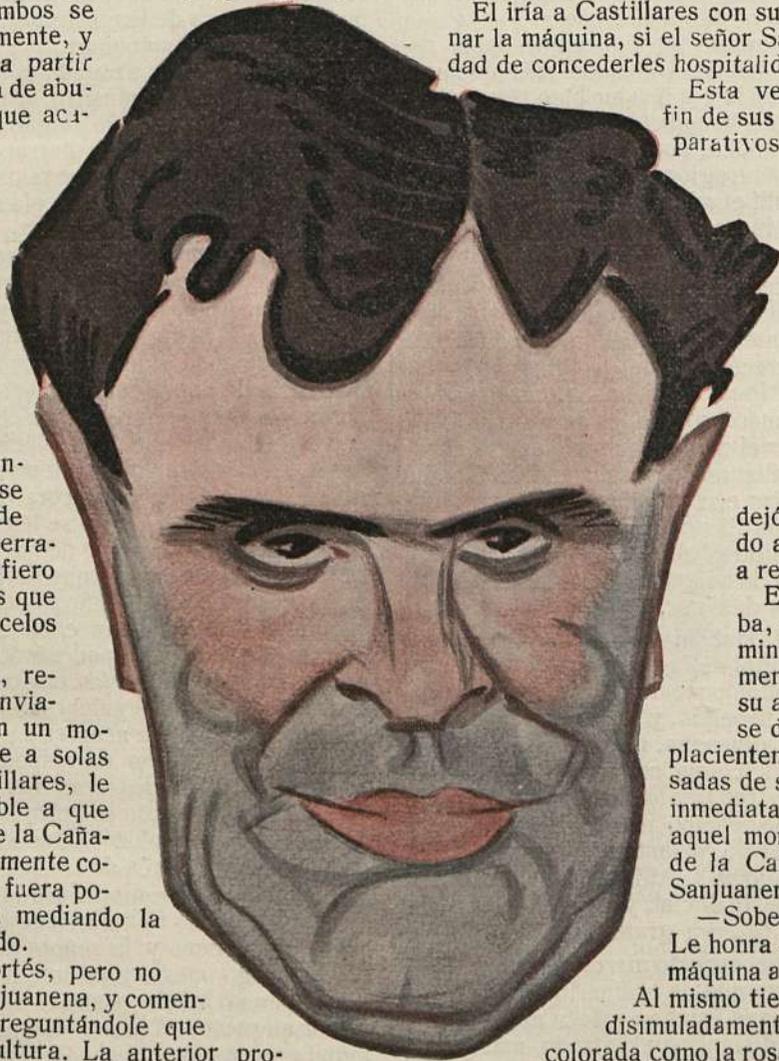
Al mismo tiempo que hablaba miraba disimuladamente a su mujer, que estaba colorada como la rosa que había cogido de un búcaro y empezaba a deshojar para hacer algo.

Luego lanzó una mirada por la habitación, y como le pareciese que todo estaba en su sitio, se puso más amable y dijo a Pepe:

—También tengo que agradecer a usted el recibimiento que nos ha hecho. Todo está admirablemente. Tiene usted muy buen gusto.

El guasón de don Andrés sonrió y prosiguió:

—A propósito de instalación, puesto que se ocupa usted tan amablemente de sus convidados, yo le diré a usted que le agradezco infinito la habitación también sumptuosa que me ha destinado usted, pero que no he de utilizar. Usamos siempre el mismo cuarto mi mujer y yo.



Ya sé que eso es de mal gusto y que no se estila. Pero ¿qué quiere usted? Yo soy un provinciano. Así es que le ruego a usted que me traigan aquí mi equipaje que me han llevado allá... lejos... al otro extremo de la casa.

Era imposible charlar a solas con Margot. Su marido era como un fuego fatuo que surgía cuando menos se le esperaba. Pepe, sin embargo, para complacerle seguía comprando máquinas agrícolas. Sembradoras, segadoras, trilladoras, de todo tenía ya en su poder. Y el señor de la Cañada venía cada vez acompañado de su esposa para asistir a todos los experimentos. Pero Sanjuanena y Margot seguían sin poder hablar de algo que no se refiriese a la agricultura.

Los meses de luto iban ya a cumplir. Pepe continuaba encontrando encantadora a Margot. Pero ¿acaso valía la pena de demorar el regreso a Madrid? Y sobre todo con un marido semejante. Así es que tomó un partido y decidió la vuelta a la corte. Quedábale el engorro de las máquinas, con las cuales no sabía qué hacer.

Eran dieciocho las máquinas agrícolas que había reunido. ¡Dieciocho! Y no habían trabajado más que una vez. Con que al fin se decidió a quedar bien con sus colonos y regalárselas. Daba la coincidencia de que podía hacerlo con cierta solemnidad, porque precisamente con motivo de una exposición regional, en la capital de la provincia, pasaría por allí el ministro de Fomento, y él había de conseguir que fuese a presidir la entrega, con lo que quedaría inmejorablemente a los ojos de todos.

La llegada de su excelencia dió, en efecto, grandes proporciones de solemnidad al acto que se preparaba. Había sido construido un enorme pabellón, y adosada a esa sala estaba el barracón donde se guardaban las dieciocho máquinas de Pepe Sanjuanena. Estaban formadas en dos filas, dejando entre ellas una ancha calle por la que podía circular el público que viniese a admirarlas. Engrasadas y brillantes, reposaban sobre espesos lechos de paja y aparecían encuadradas en arcos triunfales. El barracón tenía dos llaves. Una, estaba en posesión de Sanjuanena, y la otra había sido entregada al ministro para que realizase la solemne apertura del mismo después de los discursos de rigor.

Y la ceremonia llegó. Habían venido las principales personalidades de la capital de la provincia y el aspecto de la sala era en realidad imponente. Una enorme concurrencia se apiñaba en el pabellón, y sólo el verdadero héroe de la fiesta, Pepe Sanjuanena, fingiendo una modestia incorruptible, era el único que no había consentido en tener un asiento en el estrado, y había llevado el asunto tan a punta de lanza, que no hubo más remedio que dejarle sentarse aparte y abajo, delante del tablado en que se hallaban los sillones oficiales. Allí se hallaba, no obstante, con indudable aspecto oficial, ya que lucía el uniforme de teniente de la reserva gratuita en Ingenieros.

Pero el secreto de aquel aspecto marcial era el de aparecer con mayor atractivo que de ordinario a los ojos de la señora de la Cañada, que estaba sentada en un extremo del salón a bastante distancia del estrado, más guapa que jamás, y por cierto con un vestido sencillo como para un viaje.

La sesión comenzó. El ministro fué el primero en hablar, bastante mal y torpemente. Se sucedieron los discursos, todos ellos por el mismo estilo, y por fin llegó su turno al señor de la Cañada, sastifechísimo de poder hablar de sus temas favoritos delante de un auditorio tal.

Y empezó a perorar encantado, y siguió hablando, hasta que extendiendo su mirada por la sala, observó que el sitio donde había visto antes a su mujer estaba vacío. Supuso que no habría podido resistir el calor del salón.

Así diciendo miró hacia donde debía estar el hombre generoso, y el señor Sanjuanena no estaba allí. ¿Dónde

se hallaba, pues? ¡Oh que horrible sospecha! Acaso el forzado agricultor se vengaba en aquel momento de las dieciocho máquinas, y se cobraba un aburrimiento de seis meses. ¡Ah miserable! Y él estaba obligado a permanecer allí clavado, hasta terminar su discurso.

Apenas pronunció el «He dicho» de ritual, cuando se dispuso a saltar del estrado abajo, y lo hubiese hecho, si para mayor amargura suya, no le hubiese detenido amablemente el ministro, haciéndole señal de que iba a contestarle. Su excelencia le obligó a sentarse otra vez, y a escucharle, «que el gobierno tenía mucho gusto en conceder al señor Sanjuanena, una distinción que tanto merecía, y que él era el encargado de entregar al condecorado las insignias del Mérito Agrícola que tan honrosamente había merecido.»

Cuando iban a levantarse todos para ir a visitar la maquinaria, preguntó el ministro por el condecorado, y al saber que había abandonado su puesto, dejó para después la entrega de las insignias, y se dirigió al barracón de las dieciocho máquinas, presidiendo la comitiva, en la cual iba como un azogado el señor de la Cañada, dando un empellón al ministro, y otro al alcalde, y otro al reverendo prelado para llegar cuanto antes.

Abrióse la puerta del barracón y penetró la comitiva. Al extremo había otra puerta que daba al campo. Hallábase abierta, y por ella se veía a Pepe Sanjuanena con el capote del uniforme puesto, cosa extraña, pues en aquellos momentos hacía verdadero calor, y a su lado Margot, que también había echado sobre su vestido una gabardina. Ambos hablaban muy animadamente y dando señales de viva contrariedad con un chófer que parecía estar arreglando el motor de un automóvil trepidante. La presencia de un automóvil no era muy explicable en tal lugar, pero tampoco resultaba chocante, dada la variedad de vehiculos que ese día se habían congregado en Castillares. El ministro volvió a tomar la palabra declarándose satisfecho de poder condecorar a aquel héroe del trabajo delante de su obra, como se le condecora a los héroes de la guerra en el campo de batalla, y después de repetir los lugares comunes que ya había dicho anteriormente, dispúsose con un gesto imperial a colocar en el pecho del bienhechor de la comarca, las insignias.

Pero Sanjuanena, apoderándose de ellas con un movimiento rápido y hábil, las mostró en alto, y se dispuso a decir él a su vez dos palabras. La escasez de sus merecimientos le impedía aceptar aquella recompensa, que de hecho y de derecho correspondía al agricultor insigne cuyos sabios consejos eran los que le habían iluminado en su empresa. Y con sus propias manos, en medio de un general aplauso, colocó aquel signo de honor sobre el pecho de don Andrés de la Cañada.

Terminó el acto, disolvióse la comitiva, y en el ánimo de muchos quedó la curiosidad de saber por qué razón el señor Sanjuanena y la señora de la Cañada estaban aun con el abrigo puesto y delante de un automóvil cuando la ceremonia no había concluido todavía.

Por su parte, el señor Sanjuanena, cuyo era el automóvil en cuestión, despedía aquella misma tarde a su chófer, que no había sabido impedir la más inoportuna de las averías. Y, entretanto, don Andrés de la Cañada, siempre con su mujer al lado, y después de haber aceptado las excusas que ella le dió acerca de la coincidencia que la hizo encontrar a Sanjuanena delante de su automóvil, disertaba en su casa, a presencia del alcalde y de otras personas, a propósito de la cruz que todavía ostentaba en su solapa, acerca de que los méritos encuentran al fin y al cabo su recompensa, y que es muy justo que se honre al que se lo ha sabido ganar.

Pedro de Répide

Y Pedro, pensando en la beata que le había quitado la devoción, replicó:

—Hombre, ¡no tanto! Yo los he visto mayores.

—Pero espectáculos como éste de esta iglesia tan...

—¡Ah, ¡pero te refieres a eso! Yo creí que hablabas del de esa señora.

—¡¡Pedro!!

—Perdona, hijo, me he colado.

—Yo, cuando estoy en la Iglesia, no miro más que al altar.

—¡i.....! ¡Y yo! Ahora, que hay veces que se me va la vista y...

—¡Eres un mal hombre, Pedro!

—¡¡Y tú un de dos puntas!!— esto no lo dijo, lo pensó nada más.

Lanzarote comprendió que había dado un paso falso, y que de no rectificar a tiempo, se podría ver muy pronto con el cese y trasladado a Fernando Póo. Ballesta tenía poder para eso y para mucho más, pues precisamente acababa de conseguir el traslado a aquella aburrida posesión, de un comandante muy afecto a su persona, sólo por haberse enterado de que el hombre, en sus ratos de ocio, se dedicaba al libre cultivo de las tobilleras que aun conservaban incólume el

Y el coronel quiso encomendar la plancha cuanto antes.

Aquella misma tarde, cuando el general se retiraba a sus habitaciones del piso alto a rezar el rosario vespertino, salió él de la sala de ayudantes y le abordó:

—Oye, Damián.

Ballesta se llamaba Damián.

—¿Qué quieres, hijo mío?

—Tú eres presidente de la Asociación para la represión de las expansiones en los cines, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué querías?

—Es esa asociación a la que han declarado la guerra los abastecedores de fruta de la plaza de la Cebada, porque dicen que ha contribuido a elevar el precio de...

—No sé nada de eso. ¿Qué querías?

—Pues hacerme yo...

—¿Hacerte una? ¿Y para eso recurres a mí?

—¡No, hombre, por Dios! Hacerme de la Asociación.

—Bueno, bueno... Ya sabes que una de las cosas que se juran solemnemente al ingresar es no ir nunca a un cine.

—¡Bah! A quién se lo cuentas. Yo no paso ni por las puertas.

—Pues yo te lo arreglaré eso.

Y, en efecto, a los cinco días el coronel Lanzarote ingresaba como socio aspirante en aquella colección de hijos, que se llamaba «Asociación para la represión de las expansiones en los cines.»

Pedro Lanzarote llevaba ya dos meses en el cargo de ayudante de , y hasta ahora no había tenido el menor tropiezo.

En realidad no era fácil que lo tuviera: aquel cargo pertenecía a esa clase de puestos pasivos en los que toda la ciencia consiste en estarse donde a uno lo ponen, procurando matar en flor la propia iniciativa, si por acaso surgía.

El hacía sus guardias en los días y en las horas en que le correspondían, salía a la calle acompañando a su amo, sentábase en el palco del teatro, muy quieto, muy serio, aburriéndose de lo lindo, y a casita otra vez.

¿Ayudante?

Pero ¿a qué faena u operación ayudaba él?

A veces, al ver de paso por las calles o en la localidad de algún teatro una mujer guapa, Lanzarote notaba que el sable, que él llevaba casi siempre sujeto entre las dos piernas, se le movía solo, impulsado sin duda por los vaivenes de la, que tampoco andaba muy lejos de allí. Pero, ¡qué remedio! Había que comprimirse; aquellos cordones dorados que le cruzaban el pecho, y que para tantos de su oficio eran una obsesión, parecían atarle también los en una provisional castración que tenía mucho de infamante.

El coronel, desde que se quedó viudo, cinco años antes, vivía en un pisito entresuelo de la calle de Goya, acompañado de una cocinera y ama de llaves, todo en una pieza, mujer célibe, que a juzgar por la edad debía haber hecho también la primera campaña carlista.

Sólo una vez—hacia de esto varios meses—, Lanzarote, al volver a su casa borracho, por la madrugada, había intentado pervertir a la anciana; dando tumbos, y con la fuera, el bravo militar siguió por el pasillo que, desde su alcoba, conducía al cuarto de soltera de la anciana. La lucha fué brutal, pero triunfó al cabo la virtud: tras

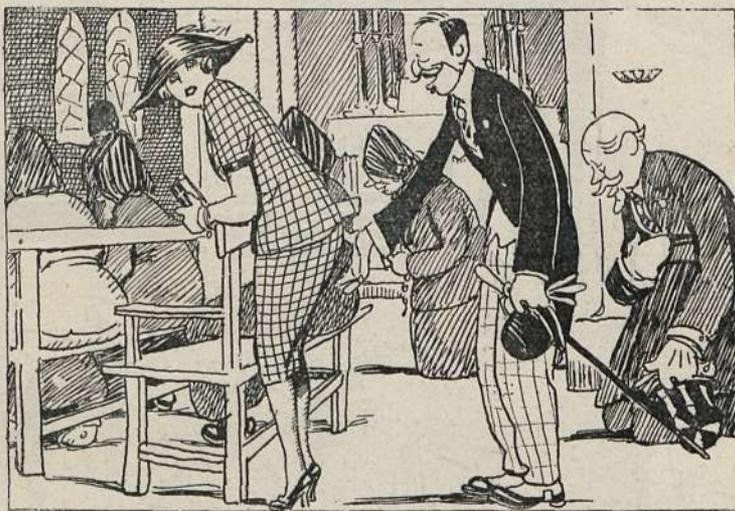
unos embites que duraron media hora, el héroe iba ya a penetrar con su en la cueva sagrada donde reside el pudor, cuando un grito de la atropellada, más fuerte que los demás, hizo acudir presuroso al portero de la casa, que, abriendo con su llavín, gritó a su vez desde el recibimiento:

—¿Qué pasa? ¿Es que hay ladrones? ¿Es que se ha puesto malo el señor?

Y el señor, soltando la presa, que ya iba a desangrarse en sus brazos, salió de la estancia, gritándole al intruso:

—¡Hombre! ¡Vaya usted al! ¿Quién le manda a usted venir sin que se le llame?

Desde el día siguiente, y como indemnización por la tentativa de el coronel, motu proprio, concedió a su ama de llaves un pequeño aumento en su estipendio mensual. «Quien rompe, paga», dice el refrán; y él, que no había roto nada, se anticipaba al pago como un caballero que era.



(Dibujo de Tiro.)

Joaquín Belda.

(Continuará.)

UN CORAZON DE ORO

Llora usted de ternura cuando Tom prueba mis pasteles.

Besa usted en la boca, llamándole las más dulces palabras a un monstruo, a quien con ello no le da el menor placer.

Se levanta usted al alba, para dar la comida en el pico a un pajarraco...

Yo la he visto a usted poner en práctica los más repugnantes recursos de la ciencia para disputar a la muerte a un joven cuadrúpedo intemperante.

Acosto usted entre la batista y los encajes un perro vagabundo con más pulgas que estrellas tiene el cielo.

Y el día de la muerte de su loro, creí que no le sobreviviría usted.

Enardecido por tanta bondad, si le hablo a usted de mí llama, me daís con el pie.. (en el alma) Oh, por qué tanta crueldad!

Al gatico del portero, parásito sin educación todo le está permitido.. todo! Pero a mí.

(De «Vie Parisienne»)

N. J. VAN